

El picnic de las tortugas

Cuento popular anónimo

TRADICIÓN INGLESA

Un espléndido día de primavera, la familia Tortuga decidió salir de picnic.

—Iremos al bosquecillo que queda junto al río — dijo Papá Tortuga—. Es un lugar ideal para tender el mantel, y tiene unas sombras estupendas donde podemos echar la siesta después de la comida.

A Mamá Tortuga le pareció que aquel paraje quedaba un poco lejos, pero el marido respondió con su frase favorita:

—¿Se puede saber qué prisa tenemos?

Tortuguito, el hijo único de los Tortuga, estaba como loco con la idea de salir de excursión, así que ayudó a su madre a hacer los preparativos del picnic, mientras el padre dedicaba un buen rato a abrillantarse la concha. Mamá Tortuga preparó más de dos litros de zumo de naranja mientras Tortuguito sacaba los embutidos y las latas de salmón de la despensa.

—¡No os olvidéis de la lechuga y el tomate! —dijo Papá Tortuga desde el comedor.

A los tres meses, Mamá Tortuga y Tortuguito ya lo tenían todo preparado; así que la familia salió de casa en dirección al bosque, cargada con un sinfín de cestas repletas de comida, manteles, servilletas,

cubiertos, pajitas para beber y demás bártulo con que las familias de bien se cargan como mulas cuando quieren celebrar una inolvidable fiesta campestre. Para entonces, la espléndida mañana de primavera ya se había convertido en una espléndida mañana de verano, pero los Tortuga no se desanimaron.

Al año y medio de salir de casa, la familia Tortuga había hecho la mitad del trayecto hasta el bosquecillo. Mamá Tortuga tuvo que tirar el zumo de naranja porque había empezado a criar gusarapos, y, como Tortuguito ya no podía con su concha, pidió que lo dejaran descansar un poco.

—¡Media hora y ni un segundo más! —dijo Mamá Tortuga con su voz de sargento.

—Pero, ¿qué prisa tenemos, cariño? —repitió como siempre Papá Tortuga.

A los Tortuga les costó otros tres años llegar al bosquecillo. Una vez allí, dedicaron unos quince días a sacar la comida de la cesta, tres semanas a extender el mantel sobre la hierba y más de un mes a poner la mesa.

—¡Por fin vamos a comer! —dijo entonces Tortuguito con una sonrisa que le llegaba de oído a oído.

Mamá Tortuga, en cambio, no estaba tan contenta. Algo debía de habersele olvidado en casa, pues registraba con nerviosismo todas las cestas.

—¡Dios mío! —dijo al cabo—. ¡Nos hemos dejado el abrelatas!

Papá Tortuga se lo tomó con calma.

—No te pongas nerviosa, cariño —respondió—. El chico irá a buscar el abrelatas.

—¡Que te lo has creído! —replicó Tortuguito.

Los padres, que conocían a fondo todos los argumentos de la pedagogía moderna, le explicaron a su díscolo vástago:

—No podemos abrir las latas si no tenemos abrelatas —dijeron al unísono.

—Pero, ¿cómo pretendéis que regrese ahora a casa? —protestó el pequeño de la familia.

—No hay más remedio —le respondió Papá Tortuga—. Y no te preocupes, que no vamos a empezar a comer hasta que vuelvas.

Tortuguito aceptó a regañadientes.

—Bueno... —dijo—, pero dadme vuestra palabra de honor de que no tocaréis nada hasta que yo vuelva.

—Te lo prometemos —dijeron al unísono Mamá Tortuga y su marido, quienes no pudieron evitar derramar algunas lágrimas al ver que su querido hijo se perdía detrás de unos matorrales.

—Recordad que lo habéis prometido... —repitió el pequeño mientras se alejaba.

Al matrimonio Tortuga la espera se le hizo eterna. Durante días, semanas y meses aguardaron con paciencia el regreso de su hijo, pero, al cabo de un año, empezaron a sentir el gusanillo del hambre. Sin embargo, le habían prometido a Tortuguito que no probarían bocado hasta que el muchacho volviese con el abrelatas, así que tuvieron que aguantarse las ganas de comer.

Pasados tres años, a Papá Tortuga y su esposa el hambre se les volvió insoportable.

—¿No crees que podríamos comemos aunque solo fuera un pincho cada uno? —preguntó Mamá Tortuga—. Seguro que Tortuguito no notará la diferencia.

—Ni hablar —respondió Papá Tortuga—. Es una cuestión de honor: cuando se hace una promesa, hay que cumplirla.

Así que siguieron esperando. Pasó un año más, y otro y otro, hasta que Papá y Mamá Tortuga empezaron a sentir un hambre voraz. El ruido de sus tripas solo podía compararse al rugido de los leones de la selva.

—Hace seis años que se marchó —dijo entonces Mamá Tortuga—. Ya tendría que haber vuelto.

—Supongo que sí —respondió su marido, y entonces bajó la cabeza y añadió—: ¿Sabes lo que te digo, cariño? Que vamos a dar un bocado mientras esperamos.

En la cara de Mamá Tortuga se dibujó la sonrisa más radiante que se haya visto jamás en reptil alguno. El marido levantó la servilleta que cubría una de las cestas y sacó dos bocadillos. Estaban a punto de hincarles el diente cuando oyeron una voz que venía de detrás de los matorrales:

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Estaba seguro de que ibais a engañarme!

La alargada cabeza de Tortuguito asomó por entre las zarzas mientras su voz irritada repetía una y otra vez:

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Menos mal que no fui a
por el abrelatas!

Relato folclórico, perteneciente a la tradición inglesa.